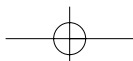
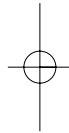
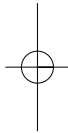


Allegro ma non troppo

Cuentos musicales



letra grande

- | | |
|---|--|
| 1. Historias de la gente | 34. Cuentos astutos |
| 2. Relatos fantásticos latinoamericanos 1 | 35. Cuentos árabes |
| 3. Relatos fantásticos latinoamericanos 2 | 36. Cuentos andinos |
| 4. Cuentos fantásticos de ayer y hoy | 37. Cuentos divertidos |
| 5. Relatos de hace un siglo | 38. Viajes inciertos |
| 6. Cuentos del asfalto | 39. Relatos de amor y muerte |
| 7. Aventuras del Quijote | 40. Historias de la escuela |
| 8. Cuentos perversos | 41. Cuentos medievales |
| 9. Cuentos de amor con humor | 42. Cuentos modernistas |
| 10. Relatos de mujeres (1) | 43. Historias con nombre de mujer |
| 11. Relatos de mujeres (2) | 44. Relatos subterráneos |
| 12. Fantasmagorías y desmadres | 45. Cuentos rusos |
| 13. Relatos a la carta | 46. Historias de Madrid |
| 14. Cuentos confidenciales | 47. Cuentos melancólicos |
| 15. Cuentos de taberna | 48. Cuentos japoneses |
| 16. Cuentos de la calle de la Rúa | 49. Relatos de la tierra y del entorno |
| 17. Cuentos a contratiempo | 50. Cuentos cubanos |
| 18. Personajes con oficio | 51. Cuentos sorprendentes |
| 19. Cuentos sobre ruedas | 52. Cuentos ecuatorianos |
| 20. Historias de perdedores | 53. Cuentos de terror |
| 21. Cuentos increíbles | 54. Relatos de mujeres (3) |
| 22. Cuentos urbanícolas | 55. Cuentos dominicanos |
| 23. Historias de amor y desamor | 56. Relatos de otro milenio |
| 24. Cuentos marinos | 57. Siete latinoamericanos en París |
| 25. Cuentecillos para el viaje | 58. Cuentos costarricenses |
| 26. Cuentos con cuerpo | 59. Cuentos policiales |
| 27. Cuentos brasileños | 60. Historias extraordinarias |
| 28. Relatos inquietantes | 61. Cuentos galácticos |
| 29. Cuentos de la España Negra | 62. Cuentos catalanes |
| 30. Historias de dos | 63. Cuentos crueles |
| 31. Los sobrinos del Tío Sam | 64. Cuentos panameños |
| 32. Cuentos nicas | 65. Cuentos hondureños |
| 33. Cinco rounds para leer | 66. Cuentos de las Dinastías Ming y Qing |
| | 67. Cuentos impunes |

serie maior

1. Con otra mirada. *Cuentos hispanos de los Estados Unidos*
2. Voces cubanas. *Jóvenes cuentistas de la Isla*
3. Allegro ma non troppo. *Cuentos musicales*
4. Cuentos del Islam
5. Afsaneh. *Cuentos iraníes*
6. Luna Creciente. *Cuentos chinos contemporáneos*
7. El silencio en palabras. *Relatos del África francófona*
8. En la línea de la libertad. *Cuentos antifascistas*

Allegro ma non troppo

Cuentos musicales

Ernst Hoffmann

Enrique del Risco

Rosa María Britton

Anna Lidia Vega Serova

Sergio Ramírez

Antonio Muñoz Molina

Julio Cortázar

Editorial  **opular**

© **Editorial Popular**

C/ Doctor Esquerdo, 173 6º Izqda. Madrid 28007

Tel.: 91 409 35 73 Fax. 91 573 41 73

E-Mail: epopular@infor.net.es

<http://www.editorialpopular.com>

Diseño de colección: José Luis del Río

Imprime: Cofás

I.S.B.N.: 84-7884-316-7

Depósito Legal: M-09.475-2006

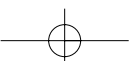
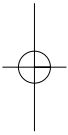
IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin autorización escrita de la Editorial.

Índice

<i>Presentación</i>	7
<i>La "Fermata"</i>	
Ernst Hoffmann	13
<i>Lo más sublime</i>	
Enrique del Risco	53
<i>Apartamento uno ¿Quién inventó el mambo?</i>	
Rosa María Britton	77
<i>En el fugaz límite del silencio</i>	
Anna Lidia Vega Serova	89
<i>Ilusión perdida</i>	
Sergio Ramírez	105
<i>Las otras vidas</i>	
Antonio Muñoz Molina	119
<i>Las Ménades</i>	
Julio Cortázar	145



Presentación

La relación entre música y literatura ha existido desde tiempos remotos.

La música –más bien la canción– servía para enfatizar los valores, pautas y normas; y también para recordar a los personajes destacados, que se ofrecían como ejemplos a la comunidad.

Para comunicarse, los seres primitivos utilizaban una mezcla de sonidos y movimientos de su cuerpo, hasta que apareció la palabra.

Por esto, la literatura *oral* fue la primera que existió en todos los grupos humanos. Con estas narraciones orales se trasmitían las explicaciones sobre el origen del hombre, de la tierra, de los dioses, las enseñanzas para el comportamiento en la vida, etc. La voz era su herramienta principal, y cada narrador imprimía su propio *ritmo y musicalidad* para captar la atención de sus oyentes. En la narración oral, la palabra toma vida, transmite sentimientos o experiencias

Allegro ma non troppo

diversas, es la forma en la que una simple historia pasa a tener efecto literario, a considerarse como literatura.

Veamos lo que decía Leópnld Senghor, el político y gran poeta senegalés sobre el ritmo:

“El ritmo es la arquitectura del ser, el dinamismo interno que le da forma; es la expresión pura de la fuerza vital. El ritmo es el choque que produce la vibración, es la fuerza que a través de los sentidos nos conmueve en la raíz misma del ser. El ritmo se expresa con los medios más materiales: con líneas, colores, superficies y formas en la arquitectura, en la escultura o en la pintura; con acentos en la poesía y en la música, con movimientos en la danza. Al hacer esto remonta todo lo espiritual. El ritmo ilumina el espíritu en la medida en que se manifiesta sensiblemente... Es el ritmo el que le da a la palabra la plenitud eficaz; es la palabra de Dios, es decir, la palabra rítmica, la que creó el mundo”.¹

¹ Leopoldo Sédar Senghor, “L’esprit de la civilisation ou les lois de la culture negro-africaine”, *Présence Africaine*, 8-10 (1956).

Presentación

La música se ha inspirado en la literatura para algunas de sus grandes obras. T.E. Hoffmann, autor que hoy presentamos en este libro con su cuento *La fermata*, fue un inspirado compositor. Pero también sus cuentos inspiraron a cuatro grandes compositores: Delibes, Offenbach, Tchaikovsky y Hindemith.

Copelia de Delibes fue creada a partir del cuento titulado *El hombre de la arena*, aunque quitando los elementos terroríficos que aparecen en el cuento.

El Cascanueces de Tchaikovsky está basado en el cuento *Cascanueces y el rey de los ratones*.

La ópera *Los cuentos de Hoffmann* de Offenbach, está basada, entre otros cuentos, en *El hombre de la arena* (para el episodio de Olympia), *El consejero Krespel* (para el episodio de Antonia) y *La historia de la imagen del espejo perdida* (para el episodio de Giulietta).

Cardillac de Paul Hindemith está basada en el cuento *La señorita de Scuderi*.

De la literatura hispana tenemos otros ejemplos más cercanos: la música flamenca como complemento al *Poema del cante jondo* de Federico García Lorca, las canciones de Serrat con poemas de Antonio Machado y las de Paco Ibáñez con poemas de León Felipe y José Agustín Goytisolo.

Allegro ma non troppo

En América muchos poemas de Mario Benedetti han sido musicalizados por cantantes como Nacha Guevara, el propio Serrat (en su disco *El sur también existe*), Jorge Bonaldi, Soledad Bravo, Pablo Milanés, Daniel Viglietti, Alfredo Zitarrosa y otros.

En el libro que hoy presentamos, la música recorre todos los cuentos.

En los cuentos *La fermata*, de Hoffmann y *Lo más sublime*, de Enrique del Risco, asistimos al desarrollo de una fuerte vocación musical que marca la vida de los protagonistas.

La música popular tiene su lugar preferente en el cuento *¿Quién inventó el mambo?* de Rosa María Britton. Narra un hecho real: la presencia en Panamá del músico e inventor del mambo, Dámaso Pérez Prado, que revoluciona la vida de un edificio con su música innovadora y pegajosa.

El amor y el desamor están presentes y marcan los cuentos *Ilusión perdida* del escritor nicaragüense Sergio Ramírez y *En el fugaz límite del silencio* de Anna Lidia Vega Serova.

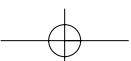
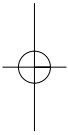
La pasión por la música, vivida con intensidad, nos lleva al inesperado desenlace del cuento *Las otras vidas*, de Antonio Muñoz Molina

Presentación

Y como colofón, *Las Ménades*, donde un fabuloso Cortázar nos sumerge en la catarsis colectiva provocada por un concierto.

Ahora, con la música a... leer estos *Cuentos musicales*. ¡Y que disfruten!

MCB



La “Fermata”

Ernst Hoffman

El luminoso y vívido cuadro de Hummell¹ titulado *Reunión en una taberna italiana*, se hizo célebre durante la exposición de arte que en 1814 se celebró en Berlín y en la que estuvo expuesto para solaz de los ojos y del espíritu de muchos. Una glorieta cubierta por una tupida enredadera; una mesa servida con vinos y frutas y, junto a la misma, dos mujeres italianas que están sentadas la una frente a la otra. Una de ellas canta mientras la otra toca la cítara. Entre ellas y en segundo plano, está un abate que, de pie, hace las veces de director de orquesta. Con la batuta levantada espera el momento en que la cantante termine un

¹ Juan Erdmann Hummel (1769-1852) vivió mucho tiempo en Italia.

Allegro ma non troppo

prolongado trino de la cadencia, que precisamente está cantando con los ojos alzados al cielo, para retomar el movimiento inicial y la citarista pueda ejecutar el atrevido acorde de séptima dominante. El abate está henchido de admiración, de bienaventurado deleite y, no obstante, lleno de angustiosa tensión. Por nada del mundo quisiera dejar pasar el momento oportuno para bajar su batuta. Apenas si se atreve a respirar. Quisiera amordazar la boca y atar las alas de todos los mosquitos y abejas, para que no se produzca el más mínimo zumbido. Le molesta, por lo tanto, el solícito tabernero, que precisamente en ese instante decisivo trae el vino pedido. Vista a través de un camino emparrado que atraviesan brillantes redejos de luz. Allí se detiene un jinete y desde la taberna le es alcanzada una bebida refrescante.

Delante de este cuadro se habían detenido los dos amigos, Eduardo y Teodoro.

—Cuanto más miro a esa cantante ya algo envejecida pero, no obstante, llena de entusiasta virtuosismo y vestida con sus pintorescas ropas —así dijo Eduardo—, cuanto más disfruto observando el severo perfil típicamente romano y las bellas formas de la citarista y cuanto más me divierte ese insuperable señor abate, con tanta mayor fuerza y libertad todo el conjunto, penetra

Ernst Hoffman

en mi vida real y activa. Es evidente que ha sido caricaturizado en cierto sentido superior, pero, no obstante, está lleno de gracia y alegría... Quisiera entrar ahora mismo en esa glorieta y abrir una de las deliciosas botellas recubiertas de paja trenzada, que me sonríen desde la mesa... En efecto, tengo la sensación de sentir ya algo del dulce aroma del noble vino que contienen... ¡No! Esta inspiración no habrá de esfumarse en el ambiente frío e insípido que nos rodea. En honor de este hermoso cuadro, del arte, de la luminosa Italia, en la que tan vigorosa arde la alegría del vivir, vamos a beber una botella de vino italiano...

Mientras Eduardo decía todo esto en forma entrecortada, Teodoro permanecía callado y caviloso, sumido en la contemplación del cuadro.

–Sí, vamos a beberla –exclamó por fin– como despertando de un sueño, pero apenas si podía desprenderse de ese cuadro; y cuando, siguiendo mecánicamente a su amigo, se encontró ya junto a la puerta de salida, lanzó aún anhelantes miradas hacia aquellas dos cantatrices y al abate. Era fácil cumplir la proposición de Eduardo. Cruzaron la calle y muy pronto, en la salita azul de Sala Tarone, una pequeña botella cubierta de tejido de mimbre, similar a las de la glorieta, se encontraba frente a ellos sobre la mesa.

Allegro ma non troppo

–Sin embargo, a mí me parece –dijo Eduardo después que hubieron vaciado unas cuantas copas, viendo que a pesar de ello Teodoro continuaba aún silencioso y sumido en sus cavilaciones– que ese cuadro te ha impresionado de una manera muy especial y en modo alguno tan alegre como a mí.

–Puedo asegurarte –replicó Teodoro– que yo también he disfrutado en grado sumo de toda la alegría y luminosidad que hay en él, sólo que se me antoja extraordinario que el mismo refleje con tanta fidelidad una escena de mi propia vida, reproduciendo además con perfecta exactitud a las personas que en ella intervinieron. Estarás de acuerdo conmigo, en que hasta los recuerdos más felices son capaces de trastornar el espíritu cuando repentinamente resurgen de una manera tan inesperada y singular, como despertados por arte de magia. Ése, precisamente, es mi caso actual.

–¿Una escena de tu vida? –lo interrumpió Eduardo con asombro–. ¿Dices que ese cuadro reproduce una escena que tuvo lugar en tu vida? Bueno, cuéntame ahora mismo qué relación hay en todo esto. Estaremos solos; a estas horas nadie viene a esta casa.

–Quisiera complacerte –repuso Teodoro–, pero será preciso que retroceda mucho... Hasta mi juventud...

Ernst Hoffman

–No te preocupes y cuéntamelo todo –respondió Eduardo–. De todas maneras no es mucho lo que sé de tus años mozos. Si tardas al hacerlo, ello no tendrá otra consecuencia más grave que la de bebernos una segunda botella de este delicioso vino. Pero eso nadie nos lo reprochará, ni nosotros mismos, ni tampoco el señor Tarone.

–A nadie habrá de sorprender –así comenzó diciendo Teodoro– el hecho de que yo haya desechado todo, entregándome en cuerpo y alma al noble arte de la música, pues siendo niño, apenas había algo que pudiera atraerme más que el viejo, ronco y chirriante piano de cola de mi tío, en el que me pasaba tocando noche y día. En nuestro pequeño pueblo, la música estaba en muy precarias condiciones, pues fuera de un anciano y obcecado organista, que en realidad no era más que un fracasado maestro de aritmética, que me atormentaba mucho con sus disonantes *tocatas* y *fugas*, no había persona alguna que hubiera podido enseñarme. Sin intimidarme por ello, lo soporté con valor. A veces, el viejo aquel protestaba enfurecido, pero bastaba con que ejecutara en el piano con su vigorosa manera alguna frase musical, para que yo ya me sintiera reconciliado con él y con el arte. Entonces, yo experimentaba algo muy extraño: más de una

Allegro ma non troppo

obra, sobre todo cuando era del viejo Juan Sebastián Bach, me parecía ser algo así como un cuento espeluznante y fantástico y de mí se apoderaban escalofríos, esos escalofríos a los que uno se abandona con tanto placer en la fantástica época de la adolescencia. Pero ante mí se abría todo un edén cuando, como solía ocurrir durante el invierno, el director de la banda y sus compañeros ofrecían un concierto, contando para ello con la colaboración de unos pocos y malos aficionados y en los que yo atendía los timbales en la sinfonía, honor éste que se me dispensaba, debido a mi extraordinario sentido del ritmo. Mucho más tarde me di cuenta de lo ridículos que muchas veces resultaban estos conciertos. Por lo común mi maestro ejecutaba en el piano dos conciertos de Wolf² o de Manuel Bach³, un pianista destrozaba a Stamitz⁴ y el cobrador de impuestos soplaba vigorosamente su flauta, exagerando en tal forma sus expiraciones, que su aliento apagaba las dos velas que iluminaban el atril y que constantemente era necesario volver a

² Probablemente Ernesto Guillermo Wolf (1735-1761).

³ Carlos Felipe Manuel Bach (1714-1788), el hijo más aventajado de J.S. Bach.

⁴ Sin duda se refiere a Juan Stamitz (1717-1757), destacado antecesor de Haydn.

Ernst Hoffman

encender. No había que pensar siquiera en el canto, cosa que mi tío, que era un gran admirador del arte musical, lamentaba mucho. Recordaba aún con deleite los tiempos pasados, en los que los cuatro cantores de las cuatro iglesias se unieron para ofrecer en forma de concierto una versión de *Carlotita en la Corte*. Sobre todo acostumbraba a destacar la tolerancia con que los cantores se habían unido en el arte, puesto que, aparte de la Iglesia católica y evangélica, la feligresía reformista se dividía también en dos idiomas distintos: el francés y el alemán. El cantor francés no permitía que otro tomara el rol de Carlotita y, según lo contaba mi tío, desempeñó ese papel, con las gafas caladas y la más deliciosa voz de falsete que jamás haya sido emitida por garganta humana alguna. Pero una tal *demoiselle* Meibel, que contaba sus cincuenta y cinco años de edad, consumía en nuestro pueblo la mísera pensión que la corte le asignara en su condición de «cantante real» jubilada, y mi tío opinaba, y con razón, que por ese dinero la Meibel bien podría cantar algo en nuestros conciertos. Ella se las dio de señora distinguida y se hizo rogar mucho, hasta que finalmente aceptó, y es así como llegaron a escuchar se también arias de bravura. Esta tal *demoiselle* Meibel era una mujer muy extraña. Aún recuerdo perfecta-

Allegro ma non troppo

mente a aquella señora bajita y flaca. Acostumbraba presentarse muy seria y con aire solemne, llevando en la mano su *particella* y vistiendo un traje de colorinches. Saludaba al público con una suave inclinación del busto. En la cabeza lucía un adorno muy especial, en cuya delantera había un ramito de flores de Italia de porcelana, que mientras ella cantaba, vibraba y se mecía de manera singular. Una vez que había terminado de cantar y ya cuando el público la había aplaudido lo bastante, entregaba la *particella* con ademán orgulloso a mi maestro, concediéndole en esas oportunidades el honor de introducir sus dedos en la tabaquera de porcelana que representaba a un perro *bulldog* y que ella había sacado a relucir, para servirse con toda parsimonia una pizca de rapé. Tenía una voz desagradablemente chillona, emitía toda clase de adornos y coloraturas de mal gusto y ya podrás imaginarte la impresión que esto, sumado a su aspecto ridículo, podía causarme. Mi tío se deshacía en elogios; yo no podía comprenderlo y prefería entregarme con todo afán a mi organista que, acérrimo enemigo del canto, sabía parodiar con humor hipocondríicamente malicioso a aquella señorita vieja y coqueta.

Cuando con mayor intensidad compartía yo con mi maestro aquel desprecio por el canto, tanto más

Ernst Hoffman

valoraba éste mi talento musical. Con el mayor entusiasmo me enseñaba contrapunto, y muy pronto yo mismo componía las más artificiosas *tocatas* y *fugas*. Precisamente fue uno de estos fragmentos de mis complicados trabajos el que ejecuté para mi tío en el día de mi cumpleaños –cumplía yo entonces diecinueve años– cuando el camarero del mejor hotel de nuestra ciudad irrumpió en el cuarto para anunciar la visita de dos señoras extranjeras que acababan de llegar. Antes de que mi tío pudiera sacarse el batón de seda floreada y vestirse correctamente, las así anunciadas entraron en la habitación.

Sabes la impresión electrizante que toda personalidad extranjera produce en aquellos que fueron criados en la estrechez pueblerina... Sobre todo aquella que de manera tan inesperada penetraba ahora en mi vida, resultaba ser en un todo la apropiada para caer sobre mí como un mágico efluvio. Imagínate a dos italianas jóvenes y esbeltas, vestidas, de acuerdo con los dictados de la última moda, con fantásticos trajes de vivos colores, bastante virtuosamente atrevidas y simpáticas, que se acercan a mi tío y con sus voces sonoras y agradables, le hablan en forma insistente... ¿Qué extraño idioma están hablando?... ¡Sólo a veces, de tarde en tarde, suena como si fuera ale-

Allegro ma non troppo

mán!... Finalmente logran hacerse entender por mi tío: son cantantes que se hallan de paso en nuestra ciudad; desean dar un concierto en la misma y para ello recurren a él, ya que saben que es capaz de organizar esa clase de espectáculos.

Mientras conversaban entre ellas, yo había pescado sus nombres de pila y tenía la sensación de como si en ese momento, puesto que anteriormente esa doble aparición femenina me había mareado tanto, me fuera posible comprender e interpretar mejor a cada una de ellas. Lauretta, aparentemente la mayor, lanzaba rayos con sus ojos brillantes, hablaba con exuberante vivacidad y, gesticulando mucho, insistía en hacerse comprender por mi tío que aún permanecía perplejo. Sin ser demasiado alta, era de formas generosas y mis miradas se clavaron en más de un encanto, hasta entonces desconocido por mí. Teresina, más alta, más delgada, de rasgos más alargados y expresión seria, hablaba menos, pero más razonablemente. De tarde en tarde sonreía de manera muy peculiar. Era casi como si le divirtiera de modo extraordinario el bueno de mi tío, que se encogía en su batón de seda como si fuera un caparazón y trataba de esconder en vano una traicionera cinta amarilla, con la que se ataba la bata de dormir y la que constan-

Ernst Hoffman

temente pugnaba por asomar, muy larga y molesta, en su escote. Por fin, las señoras se levantaron; mi tío prometió organizar el concierto para el tercer día y se vio gentilmente invitado a concurrir conmigo, esa misma tarde, al domicilio de las dos hermanas, para tomar *la cioccolatta* en compañía de ellas. Ascendimos, solemne y pesadamente, las escaleras. Ambos teníamos una sensación muy extraña, como si nos esperara alguna aventura para la que no estábamos preparados. Después que mi tío, convenientemente preparado para ello, hubo dicho muchas cosas bonitas sobre el arte, que nadie comprendía, ni él, ni nosotros tampoco, después que yo me quemara dos veces la lengua con el chocolate caliente, aunque, convertido en Scevola, por mi indiferente estoicismo, había disimulado mi dolor con una sonrisa, Laretta dijo que nos cantaríamos algo. Teresina tomó la cítara, la afinó y ejecutó algunos acordes sonoros. Yo nunca había escuchado antes ese instrumento y la sonoridad opaca y misteriosa con que vibraban sus cuerdas me conmovió en lo más profundo de mi ser. Muy suavemente, Laretta entonó una nota que mantuvo hasta alcanzar el *fortissimo*, para estallar luego en una complicada y atrevida figura que se extendía a través de octava y media. Aún recuerdo las palabras del principio: *Sento*

Allegro ma non troppo

*l'amica speme*⁵. Sentí una opresión en el pecho; jamás había yo intuido esto. Pero a medida que Lauretta agitaba con creciente libertad y audacia las alas de su canto, cuanto más ardorosa y brillantemente me envolvía el fulgor de su voz, tanto más mi música íntima, tanto tiempo rígida y muerta, se encendía, brotando en vigorosas y bellas llamaradas. ¡Ay!... Era ésa la primera vez en mi vida que yo escuchaba música de verdad... Luego, las dos hermanas cantaron aquellos bellos dúos del abate Steffani⁶. La cálida y maravillosamente límpida voz de contralto de Teresina me penetraba hasta el alma. No me fue posible contener mi emoción íntima y las lágrimas brotaron de mis ojos. El tío se aclaraba la garganta mientras me lanzaba severas miradas de desaprobación, que de nada le sirvieron, pues yo, en efecto, estaba fuera de mí. A las cantantes parecía agradarles todo esto. Me interrogaron acerca de mis estudios musicales; yo me avergoncé de mis trabajos y con la audacia que me dictaba el entusiasmo, declaré con todo descaro que sólo entonces había escuchado música de verdad.

⁵ Siento dichosa esperanza.

⁶ Agostino Steffani (1653-1728). Aún hoy se aprecian mucho sus dúos de cámara.